

La vejez en la historia inglesa

PAT THANE

I.H.R., Universidad de Londres

RESUMEN

En el presente trabajo se pasa revista a la vejez en Inglaterra desde la Edad Media hasta el presente. Asimismo, se presta atención a las definiciones de vejez; al número de ancianos, incluyendo los porcentajes de mujeres al total de población; al nacimiento y desarrollo de la geriatría; a las diferentes experiencias de ricos y pobres, de fuertes y débiles, de hombres y mujeres ante la vejez; a las disposiciones tomadas a proveer a la vejez desde la *Poor Law* hasta las modernas pensiones. Y se concluye prestando atención a los principales cambios en demografía, salud, trabajo y posición social de los ancianos durante el pasado siglo XX.

Palabras clave: Vejez, envejecimiento, Inglaterra, salud, pensiones, jubilación.

ABSTRACT

The chapter surveys old age in England from medieval times to the present. It examines: definitions of old age; numbers of old people, including the generally larger numbers of women; the medicine of old age; the different experiences of rich and poor, strong and weak, males and females in old age; state provision for old people from the Poor Law to modern pensions. It concludes by surveying the major changes in demography, health, work and social position of old people during the twentieth century.

Keywords: Age, ageing, England, geriatrics, health, pension, retirement.

A lo largo de la historia, los “viejos” han tenido una presencia significativa en el seno de la sociedad inglesa. Así se evidencia en las imágenes que han llegado hasta hoy, en las referencias literarias, los documentos legislativos, los tratados médicos, filosóficos y religiosos y las inscripciones sepulcrales. Pero cuanto más desandamos el camino de la historia, menos sabemos de la vejez y el envejecimiento y más dependemos de fuentes que centran su interés en la elite, especialmente, en la elite masculina.

LA INGLATERRA MEDIEVAL

Aunque nunca ha sido sencilla, sorprendentemente, la definición de la vejez ha permanecido estable desde los tiempos medievales. De hecho, en todas las fases de la Edad Media inglesa han coexistido diversas perspectivas de una misma definición. La legislación que había eximía a la gente, sobre todo a los varones, de prestar servicios públicos a la comunidad a partir de los 60 años, y a veces de los 70, incluyendo el del servicio militar y el del jurado, si bien las personas poderosas podían conservar y desempeñar cargos públicos por más tiempo que las menos influyentes. Según consta en el *Statute of Labourers* aprobado en 1349, hombres y mujeres estaban obligados a trabajar para sobrevivir, y si no lo hiciesen podían ser castigados bajo la acusación de mendicidad o vagancia. Tales disposiciones sobre la edad deben haber generado alguna vinculación con la experiencia contemporánea del envejecimiento, vista su permanencia en la larga duración.

Sin embargo, en la Inglaterra medieval, y durante las distintas fases de la historia que luego siguieron, la “vejez” se definía fisiológica y culturalmente a través de la edad. Se consideraba que uno llegaba a viejo cuando parecía estar demasiado débil física y/o mentalmente como para desarrollar las tareas habituales con una cierta regularidad. Se asumía que esto acontecía en algún momento del inicio de los sesenta años; momento este que se creía precedido por un período vital marcado por un declive gradual que, por lo general, se hacía evidente al llegar a los cincuenta años. Esto no impedía que se aceptase que la edad a la que “envejecían” los individuos pudiese ser otra. En las mujeres la menopausia era considerada como una de las señales de proximidad de la vejez, y los escritores de sexo masculino asumían que esto sucedía alrededor de los cincuenta años, pese a que en realidad no sabemos si esto era o no así. Las personas podían ser tratadas con las habituales denominaciones de respeto otorgadas a los mayores –madre o padre– o bien calificadas ya como viejas a edades que se movían entre los cuarenta y los setenta años, dependiendo de su apariencia externa y de su capacidad para la actividad física y mental.

Carecemos de datos seguros acerca de la estructura de edad de la población inglesa antes de finales del siglo XVI¹, como también de estadísticas serias y fiables antes de principios del XIX. Hay no obstante claras evidencias en la documentación y en las lápidas sepulcrales que nos indican que un número significativo de individuos vivía hasta edades que podrían ser definidas como vejez en cualquier época, llegando algunos de ellos hasta los noventa años. Una vida más longeva era quizás más probable entre los ricos que entre los pobres, como ha ocurrido siempre, aunque no tengamos ahora la misma certidumbre, pese a que la dieta rica en grasas de los ricos y la actividad guerrera de la elite acertaban en muchos casos años de su vida

1 E. A. WRIGLEY, R. S. DAVIES, J. E. OEPPEN y R. S. SCHOFIELD et alii, *English Population History from Family Reconstruction, 1580-1837*, Cambridge, 1997.

En cualquier tiempo y lugar anterior al siglo XX, la esperanza media de vida al nacer era bastante baja, prolongándose quizás hasta los 35 años en el caso de la Inglaterra medieval. Pero este promedio se reducía siempre debido a las altas tasas de mortalidad infantil. En todas las épocas históricas quienes superaban la infancia tenían enormes posibilidades de llegar por lo menos hasta los 60 años. Incluso durante el período medieval los testimonios literarios sugieren que morir a los sesenta años o más se consideraba algo normal, mientras que fallecer a una edad más temprana era visto como algo cruel y contra natura. Los bíblicos setenta años (tres veintenarios más diez) se entendían más como la definición de una edad de duración normal, que como una vida de longevidad excepcional. Cuando, a partir de 1581 comenzamos a tener datos fiables, se calcula que alrededor del 7% de la población tenía sesenta años o más². De aquí en adelante definiré a la vejez como el período de vida que comienza partir de los 60 años. Se trata de que las estadísticas empleadas puedan ser comparables a lo largo del tiempo, tal y como es la norma entre los historiadores de la población.

En períodos excepcionales, por ejemplo en épocas de plagas recurrentes, como la devastadora Peste Negra del siglo XIV, la proporción de ancianos en los lugares infectados pudo elevarse quizás hasta el 15% de la población, ya que estas epidemias afectaban mucho más a los jóvenes que a los mencionados ancianos. También la emigración, por lo general de gente joven en busca de trabajo, podía modificar la estructura de edad de cada localidad y contribuir a acentuar la vejez de sus habitantes. Esta situación daba lugar sin embargo a grandes diferencias locales, puesto que el impacto de la citada emigración variaba mucho de un lugar a otro.

Entre la nobleza, la proporción de mujeres tendió a sobrepasar a la de los varones debido a que la muerte violenta de éstos era frecuente. Entre los sectores más pobres la situación era a menudo la contraria. Los partos eran causa de muerte de algunas mujeres, mientras que la dureza de las tareas desempeñadas originaba el fallecimiento de otras muchas. Asimismo, eran las encargadas de cuidar a los enfermos, por lo que estaban más expuestas a las infecciones. No obstante, tendían a casarse con hombres hasta diez años mayores que ellas, razón por la cual solía haber más viudas que viudos. La viudedad podía suponerles disfrutar de un período de independencia sin precedentes en las etapas finales de la vida, especialmente si su marido había dispuesto lo necesario para que ésta transcurriese con comodidad. Por ley las viudas tenían además el derecho a recibir un tercio de la herencia de su esposo, el conocido como “tercio de la viuda”³. A algunas mujeres de las clases privilegiadas esta situación vital acababa proporcionándoles un grado de poder realmente insólito en la Inglaterra medieval e, incluso, en la Inglaterra Moderna. Por ejemplo, Ela, Condesa de Salisbury (c. 1191-1261), fundó al fallecimiento de su marido un convento cisterciense del que se erigió abadesa. Su retirada se produjo a la

2 Ibid., pp. 614-15

3 Lynn BOTELHO y Pat THANE eds, *Women and Ageing in British Society since 1500*, London, 2001.

edad de 68 años, dos antes de su muerte. Elizabeth de Burgh, Señora de Clare, nació en 1295. Su primer marido murió en 1313 y el tercero en 1321, cuando tenía 26 años. Los tres le dejaron al frente de una considerable fortuna en tierras. Permaneció viuda 40 años, hasta que murió en 1360, y durante todo ese tiempo administró personalmente su enorme patrimonio y financió un College de Cambridge. Katherine Nevill se casó con John Mowbray, Duque de Norfolk, en 1412. El duque falleció en 1432, dejándole en usufructo sus extensas fincas. Katherine le sobrevivió 51 años y contrajo matrimonio en tres ocasiones más, el tercero de ellos, ya cumplidos los 60 años, con un adolescente, quien, al menos en parte, buscaba su fortuna. Si ese fue su propósito, no tuvo suerte, porque ella le sobrevivió 14 años, muriendo finalmente en 1483 con más de 80 años. Sus tres hermanas más jóvenes quedaron también viudas en buena posición económica a la edad, respectivamente, de 50, 35 y 20 años. Cabe inferir que estas mujeres gozaron de riqueza, independencia y poder, algo por lo general vetado a las mujeres casadas.⁴

Para las mujeres de los estamentos inferiores la viudedad solía por norma ir acompañada de la pobreza. No era frecuente que se autorizara a las viudas de los artesanos seguir ejerciendo el oficio de sus respectivos maridos, pese a que a menudo hubiesen trabajado en él antes de la muerte de éstos. Los hombres y mujeres ya entrados en años que tenía algunas tierras podían cederla, algo que a veces ocurría al aproximarse la vejez, mediante un acuerdo formal con personas más jóvenes, familiares o no, a cambio del derecho al disfrute de un techo y comida hasta su muerte, era pues una forma de asegurarse “una pensión”⁵. Quienes no disponían de ese “seguro de vejez” debían seguir trabajando todo el tiempo del que fueran capaces hasta su muerte. Generalmente, durante la vejez las mujeres solían ser más pobres que los hombres, no en vano sus salarios eran más bajos, por lo que tenían además una menor capacidad de ahorro, aunque como vivían más años podían trabajar más tiempo a cambio de una paga miserable, un techo y una comida, en tareas tales como el cuidado de niños.

Cuando un individuo no podía seguir trabajando era mantenido en ocasiones por sus familiares, en otras vivía de la caridad o, y desde su introducción en 1591, accedía a su sustento amparado por la *Poor Law*. En ella se establecía la obligación que cada comunidad inglesa tenía de satisfacer las necesidades básicas de todas las personas que fuesen pobres por una causa no atribuible a su mala conducta y siempre que no tuviesen ninguna otra fuente de ingresos⁶. La ley imponía además a los hijos la obligación de mantener a sus ancianos padres cuando éstos tuviesen necesidad de ello. No obstante, la aplicación de la *Poor Law* a lo largo de la historia, hasta su abolición en 1948, fue distinta en cada lugar, en parte porque las comunidades más ricas podían permitirse el lujo de invertir más

4 Jennifer WARD, *English Noblewomen in the Later Middle Ages*, London, 1992.

5 Margaret PELLING y Richard SMITH, eds., *Life, Death and the Elderly. Historical Perspectives*, London, 1991; Elaine CLARK, ‘The Quest for Social Security in Medieval England’, en M. M. SHEEHAN, ed., *Aging and the Aged in Medieval Europe*, Toronto, 1990, pp. 189-200.

6 Paul SLACK, *The English Poor Law, 1531-1782*, Cambridge, 1990.

en ayudar a sus pobres que las comunidades con menos recursos, aunque no siempre las razones de esto fueron tan obvias como la que acaba de exponerse⁷. Por otro lado, los administradores locales de la *Poor Law* reconocían a menudo que las familias con una situación económica precaria podían ser también pobres y, en consecuencia, incapaces de mantener a un padre o una madre anciano, sobre todo si tenían hijos pequeños a su cargo. En este caso, la *Poor Law* ayudaba a las personas mayores dándoles alojamiento, ropa, cuidados médicos, comida e incluso dinero, pese a que éstas tuviesen hijos que viviesen cerca de ellos. En el siglo XVII nada menos que una tercera parte de quienes llegaban a los 60 años carecían de hijos que les hubiesen sobrevivido o bien éstos habían emigrado a otras localidades en busca de trabajo; desplazamientos estos muy habituales en Inglaterra con anterioridad a la industrialización.

Aun cuando los ancianos tuviesen una descendencia capaz de mantenerlos, no era normal en la Inglaterra de la época que bajo un mismo techo conviviesen distintas generaciones. Los viejos y los adultos más jóvenes fueron a menudo conscientes de las tensiones que se producirían entre ellos si vivían juntos, tal y como además se encargaba de recordárselo el folclore del momento. Al respecto, una fábula popular cuenta que un hombre cansado de cuidar de su anciano padre comenzó a tallar una artesa en la cual había de comer éste en lugar de sentarse a la mesa con el resto de la familia. Mientras estaba en esta tarea, su propio hijo pasó por allí y viéndolo le dijo que llegado el caso le haría una artesa similar para cuando se hiciese viejo. El hombre aprendió la lección y desde entonces cuidó mejor a su padre. En otra versión más pesimista, el anciano es alejado poco a poco del lugar de honor que ocupa en la cabecera de la mesa familiar, quedando finalmente relegado a un banco situado detrás de una puerta donde muere en la más absoluta miseria⁸. Estas historias trataban de recordar a los jóvenes sus obligaciones para con los más viejos y a éstos las potenciales tensiones que podrían generarse entre miembros de distintas generaciones, amén de que la vida con los hijos adultos no tenía porque ser idílica o confortable. La circulación de estas historias y el gusto de los ancianos por la independencia no significa que estuviesen abandonados por sus familias. Al contrario, como sugieren muchas fuentes contemporáneas⁹, sus parientes vivían a menudo muy cerca de ellos y las distintas generaciones se ayudaban mutuamente, aunque cada uno en su casa; es más, como algún historiador ha comentado: “el parentesco no terminaba en la puerta del hogar”¹⁰. En los últimos instantes de su vida, cuando el anciano ya no podía valerse físicamente por sí mismo, a menudo se trasladaba a la casa de una hija o de un hijo para recibir las atenciones necesarias, a menudo durante el corto período de tiempo que le quedaba hasta que el fallecimiento tenía lugar. Los viejos no eran pues venerados

7 Ibid.; Stephen KING, *Poverty and Welfare, 1700-1870*, Manchester, 2000; Pat THANE, *Old Age in English History. Past Experiences, Present Issues*, Oxford, 2000, pp. 147-160.

8 Shulamith SHAHAR, *Growing Old in the Middle Ages*, London, 1997.

9 THANE, *Old Age in English History*, pp. 119-146.

10 Michael ANDERSON, *Family Structure in Nineteenth Century Lancashire*, Cambridge, 1971.

de manera automática, ni siquiera respetados, por la sociedad si no lo merecían por su contribución a la comunidad. En esta época las personas eran juzgadas por sus cualidades personales.

En algunos textos médicos se consideraba a las mujeres menopáusicas particularmente malignas una vez que perdían la regla, a pesar de que la sangre menstrual se suponía que era impura y dañina. De hecho, advertían del posible desenfreno sexual que podría producirse por su parte una vez perdido el temor al embarazo, en particular si procedían a ocultar su avanzada edad mediante el empleo de ropas ostentosas y afeites. Aunque tal y como se deduce de los textos literarios, médicos y filosóficos que han llegado hasta nosotros, lo cierto es que la actitud hacia los ancianos era en realidad diversa. Chaucer, Shakespeare y otros escritores incluyen en sus textos a hombres y mujeres mayores con tanta frecuencia que es evidente que tenían una presencia habitual en la vida cotidiana. Suelen presentarlos tristes o contentos, poderosos o desamparados, inteligentes o tontos, generosos o cicateros, vitales o decrepitos; es decir, bajo los mismos rasgos de carácter atribuibles a cualquier otro grupo de edad. Esto supone que los mencionados autores debían pensar que a sus respectivos públicos les parecía normal esta diversidad de personalidades entre los viejos, que la vida de cada persona era distinta y ninguna totalmente igual a las demás¹¹.

Las reflexiones filosóficas sobre la vejez, a menudo basadas en el pensamiento de autores clásicos como Cicerón y Aristóteles¹², muy difundido entre las personas cultivadas de la época, reconocían también la existencia de experiencias dispares entre los hombres (rara vez se referían a las mujeres). Para aquellos autores que seguían el influyente tratado *De Senectute*, obra del mencionado Cicerón, la vejez era un período bienvenido, de sosiego y sabiduría; para otros en cambio era un tiempo de melancolía caracterizado por un amargo sentimiento de pérdida. Algunos tratadistas soñaban con un futuro en el cual las personas vivirían felices durante cientos de años, mientras que otros avisaban a sus lectores de los horrores de vivir tanto tiempo. Por su parte los clérigos predicaban en sus sermones el ejercicio y la práctica de la serenidad, la calma, la templanza y la rectitud a lo largo de la vida, pues creían que estas virtudes eran garantía de una vejez llevadera, amén de una buena preparación para el tránsito a la otra vida. Frente a estas preocupaciones, a los estudiosos de la medicina les intrigaban las características y el significado mismo del envejecimiento. Al igual que en la época clásica, les guiaba la creencia de que todos los procesos vitales podían explicarse por la interacción de los cuatro "humores": calor, frío, humedad y sequedad. Interpretaban el envejecimiento como un proceso de progresivo secado y enfriamiento del cuerpo, el cual asociaban a un incremento de la vulnerabilidad del individuo ante las enfermedades. Sin embargo, pensaban que este proceso no se desarrollaba de la misma manera en cada uno de los distintos cuerpos.

11 Mary DOVE, *The Perfect Age of Man's Life*, Cambridge, 1986.

12 T. G. PARKIN *Old Age in the Roman World: A Cultural and Social History*, Baltimore, 2003.

Aun así, los médicos advertían a las personas mayores que con el debido cuidado y moderación, en particular en todo lo concerniente a la alimentación, y un ejercicio regular, el envejecimiento podía ser controlado y ralentizado¹³.

LOS SIGLOS XVII Y XVIII

En la Inglaterra del siglo XVII la proporción de habitantes con más de 60 años aumentó respecto al pasado, manteniéndose luego entre el 8% y el 9% del total de población hasta bien avanzado el siglo XVIII, si bien, como es lógico, a nivel local existieron no pocas diferencias de unas comunidades a otras¹⁴. Hacia finales del siglo XVIII, en algunas zonas rurales donde la emigración de jóvenes en busca de trabajo era alta a causa de la expansión del comercio, la industria y la urbanización registrada en otras áreas geográficas del país, las personas de más de 60 años constituían entre el 13% y el 18% de la población mayor de 20 años. Al mismo tiempo, pese a la persistencia de altas tasas de mortalidad infantil, la esperanza de vida de quienes habían conseguido sobrevivir a la niñez comenzó a elevarse debido en parte a las mejoras económicas. Como los individuos vivían más tiempo, empezó a ser más frecuente la convivencia de tres generaciones de una misma familia a un tiempo. Ya desde el siglo XVII la aparición de los abuelos (en realidad en su mayor parte mujeres, ya que éstas solían casarse más jóvenes que sus respectivos maridos) fue haciéndose cada vez más común en la pintura, la literatura y la vida cotidiana de la época.

La mayor prosperidad y la mejor alimentación mejoraron la tasa de supervivencia. También contribuyeron a propiciar cambios en el aspecto externo de las personas. Los más acaudalados podían por ejemplo mantener a raya la vejez por más tiempo que los pobres, siempre sujetos a una vida de duro trabajo y al ejercicio de una dieta limitada. Frente a ellos, los ricos perdían muchos antes sus dientes al haber comenzado a consumir cada vez más azúcar, un nuevo producto de lujo, pese a que médicos y clérigos preconizaban la práctica de la moderación en la vida como base para un buen envejecimiento.

En los siglos XVII y XVIII aumentó también la tasa de supervivencia de las mujeres, quizás debido a una mejor alimentación y a un menor desempeño de empleos peligrosos. De ahí que en las clases más altas cada vez más mujeres disfrutasen de la independencia que otorgaba la viudedad. Por otro lado, había crecido significativamente el número de ellas que no se casaban nunca, fenómeno explicable en parte por el hecho de que eran mayoría en el conjunto de la población, y en parte, quizás, porque las jóve-

13 Pat THANE 'Geriatrics' en W. BYNUM y R. PORTER, eds., *Companion Encyclopaedia of the History of Medicine*, 2 Vols, pp. 1092-1118.

14 Susannah OTTOWAY, *The Decline of Life: Old Age in Eighteenth Century England*, Cambridge, 2004.

nes de clase baja habían visto mejorar mucho las oportunidades de colocarse como sirvientes en las casas de una pujante burguesía urbana. Aun así, los hombres seguían desempeñando cargos públicos hasta los 60 años y más, incluso, si eran influyentes. La edad media de fallecimiento de los nueve arzobispos de Canterbury en el siglo XVII fue de 73 años, mientras que la edad media a la que recibieron su nombramiento fue de 60 años. Por regla general las mujeres seguían excluidas de las funciones públicas, si bien eran valoradas en sus respectivas comunidades como comadronas o por el hecho de tener algunos conocimientos de medicina, excepto cuando se equivocaban en sus diagnósticos, que eran entonces perseguidas como brujas.

La creencia popular seguía considerando a las mujeres menopáusicas malignas y peligrosas por no expulsar la sangre menstrual que retenían en el interior de sus cuerpos secos, aunque ahora comenzaban a aparecer opiniones divergentes sobre la materia promovidas en buena medida por el aspecto “masculino” que adquirían al envejecer. Así, hubo tratadistas que llegaron a afirmar por ello que las mujeres mayores eran más capaces de razonar que las más jóvenes, por lo que serían merecedoras de un respeto semejante al de los hombres. Las ancianas de la elite empezaron a aparecer con mayor frecuencia que antes en los retratos y pinturas sosteniendo símbolos de cultura tales como libros, aunque también circulaban numerosas caricaturas que denunciaban su supuesto comportamiento sexual ignominioso. Las ancianas pobres, al igual que los ancianos de esta condición, eran representadas con más dignidad, como trabajadoras activas: sirvientas, tejedoras, vendedoras ambulantes e incluso como mendigas. Pese a todo, las unas y las otras eran temidas y ridiculizadas por su supuesta lascivia, de la misma manera que los viejos que perseguían a las muchachas jóvenes tampoco escapaban a las sátiras de la época. Esto nos indica que la percepción de la vejez en la sociedad inglesa del momento seguía siendo todavía muy diversa¹⁵.

La mayoría de las mujeres viejas era pobre, más que los hombres, aunque a medida que Inglaterra prosperaba disponían de más posibilidades de favorecerse de la caridad y la beneficencia, tanto en instituciones como y con mayor frecuencia, en sus propios hogares. Sin embargo, como en el pasado, muchas de ellas preferían sobrevivir merced al desempeño de cualquier empleo mientras tuvieran fuerzas para ello. En este sentido, los viejos trabajaban como peones camineros, palafreneros o recaderos, mientras que las ancianas se empleaban como limpiadoras, niñeras, vendedoras ambulantes y, llegado el caso, podían llegar incluso a ejercer la mendicidad o a empeñar y vender sus escasos bienes antes de acudir a la caridad o a la beneficencia. Estas formas de supervivencia siguieron siendo norma entre los ancianos sin recursos hasta el siglo XX.

15 Lynn BOTELHO ‘The Seventeenth Century’ en Pat THANE ed., *The Long History of Old Age*, London, Los Angeles, 2005, pp. 113-174.

LOS SIGLOS XIX Y XX

Las tasas de natalidad crecieron rápidamente entre finales del siglo XVIII y mediados del XIX. En consecuencia, aunque la esperanza de vida de los adultos siguió aumentando, la proporción de ancianos cayó a finales del siglo XIX al 5% del total, debido al incremento experimentado por la población joven. Desde el inicio en 1801 de la práctica de levantar censos cada diez años, y desde la introducción en 1837 del registro obligatorio de nacimientos, matrimonios y fallecimientos en Inglaterra y Gales, tenemos datos estadísticos oficiales fiables acerca de la estructura de edad de la población. La Tabla 1 muestra el gradual e importante ascenso de la esperanza de vida para hombres y mujeres desde la década de 1840, como también la persistencia de un mayor índice de supervivencia de las segundas frente a los primeros.

Tabla 1. Esperanza de vida de los nacidos en Gran Bretaña, 1841-1991

Año de nacimiento	Varones	Hembras
1841	39	42
1871	44	49
1901	51	58
1941	69.6	75.4
1961	73.3	79.1
1991	76.0	80.8

Hacia finales del siglo XIX, en las áreas rurales con alto índice de emigración de gente joven en busca de trabajo, los mayores de 60 años podían llegar a constituir entre el 13% y el 18% de toda la población de más de 20 años. Durante ese siglo, los jóvenes, en especial los varones, salieron a millares no sólo en dirección a las ciudades inglesas, sino también a las colonias británicas de ultramar, como Australia, Sudáfrica y Canadá, dejando tras de sí a parientes de más edad a los que probablemente nunca volverían a ver. En ocasiones los ancianos, sobre todo las mujeres, emigraban a las ciudades o a otros países de la mano de familiares más jóvenes para encargarse del cuidado del hogar y los niños mientras éstos trabajaban. Las personas de edad no eran bien recibidas en el mundo de las nuevas industrias, muchas de las cuales requerían conocimientos específicos, razón por la cual bastantes de ellas seguían empleadas, como antaño y mientras las fuerzas aguantasen, en ocupaciones marginales y mal pagadas. En 1861 apenas el 25% de la población activa femenina de Londres tenía 45 o más años, pero casi la mitad de las mujeres que trabajaban como lavanderas o criadas externas pertenecía a ese grupo de edad¹⁶.

16 Thomas R. COLE y Claudia EDWARDS en THANE, *The Long History*, pp. 211-262.

En el siglo XX, y por primera vez en la historia, fue normal hacerse viejo. A comienzos de la centuria una media de 74 personas al año llegaba a la edad de 100 años en Gran Bretaña; al término de la misma, la media era ya de unas 3.000. La esperanza de vida al nacer en 1901 era de 51 años para los hombres y 58 para las mujeres. En 1991 se situaba respectivamente en 76 y 81. Más personas vivían para llegar a viejas y muchas más para llegar a muy viejas. La proporción de personas con más de 60 años que superaban los 75 años era del 21% en 1901, del 26% en 1951, del 41% en 2001. El aumento de estos porcentajes de mayores de 60 años se debió tanto al aumento de la esperanza de vida adulta como al hecho de que, por fin, la mortalidad infantil había disminuido de manera drástica. De igual modo, no sólo las tasas de mortalidad, sino también las de natalidad, habían caído en picado a niveles históricamente bajos desde finales del siglo XIX, subiendo luego en las décadas de 1940 y 1950, antes de reanudar de nuevo su tendencia a la baja. En consecuencia, la proporción de ancianos en la población británica creció hasta unos niveles nunca vistos con anterioridad, llegando al 20% en 1990. Los seres humanos habían soñado siempre con esta longevidad, pero, lejos de ser recibida con agrado, los costes económicos que iba a requerir el cuidado de un número ingente de viejos frente a un número cada vez más reducido de jóvenes fue motivo de una gran preocupación, e incluso de pánico, primero durante las décadas de 1930 y 1940, y luego ahora, desde los años 80¹⁷.

Una de las causas de esta preocupación fue la aparición, el desarrollo y el creciente coste del sistema público de pensiones. Desde la década de 1870 se hizo campaña a favor de este sistema en Gran Bretaña (término este más adecuado desde el siglo XIX, cuando Inglaterra, Gales, Escocia e Irlanda formaban un estado único y políticamente más integrado, pese a que la República de Irlanda llegó a ser independiente en 1920). Se era cada vez más consciente de que en un país cada vez más próspero, muchos ancianos eran pobres por causas ajenas a su voluntad, a pesar de haber trabajado duramente a menudo durante décadas en el hogar o en puestos remunerados, a veces desde los 10 años, sino desde antes. Muchos alegaban que el país tenía con ellos una deuda de gratitud y que merecían un trato mejor que el que recibían con la antigua *Poor Law*, la cual seguía siendo el único recurso oficial para los ancianos sin familia o sin recursos. Las mutuas creadas por los propios trabajadores permitían ahorrar algo para la vejez, pero en realidad esto sólo fue posible a los trabajadores masculinos mejor remunerados.

El primer sistema estatal de pensiones fue introducido en 1908 y éstas se cobraban a partir de los 70 años. Desde mediados del siglo XIX se pagaban pensiones a los funcionarios públicos cuando cumplían los 60 años¹⁸. Hacia 1908 existía un amplio consenso acerca del momento en el cual las personas quedaban incapacitadas para seguir desarrollando un trabajo estable: entre los 60 y 65 años, si bien se reconocía que la edad en

17 Pat THANE, *Old Age in English History. Past Experiences, Present Issues*, Oxford, 2000, pp. 333-352.

18 Ibid. pp. 232- 256.

la que las personas podían ser consideradas “viejas” era muy variable. La barrera de los 70 años fijada hasta poder cobrar una pensión pública se eligió simplemente para reducir el coste que suponía su desembolso al Estado: entre los 60 y los 70 años muchas personas morían por lo que al no reclamar su cobro era dinero que la Hacienda Pública se ahorra. Las primeras pensiones fueron no contributivas. Se pagaban a través de un sistema de redistribución con cargo a los impuestos recaudados y estaban pensadas para los muy pobres, quienes eran elegidos merced a unos criterios de selección muy estrictos. El importe de la prestación era muy bajo, insuficiente por sí mismo para que alguien pudiera vivir sólo de ella. En realidad, las pensiones se diseñaron con la intención de estimular el ahorro personal y suponiendo que los familiares habrían de ayudar luego a quien las percibía a complementarlas. El sistema no contributivo fue elegido en lugar del sistema de seguridad social, adoptado por vez primera en Alemania en 1889, porque en Gran Bretaña se entendía que este tipo de pensiones estaban destinadas a ayudar principalmente a los hombres que habían dedicado toda su vida adulta al desempeño de un trabajo regular. Frente a ellos, las mujeres tenían mayores probabilidades de llegar a encontrarse en un estado de extrema pobreza durante su vejez, ya que rara vez habían trabajado de manera continuada en un puesto estable y remunerado que les hubiese permitido realizar una contribución regular al seguro de pensiones. De hecho, dos terceras partes de los pensionistas británicos eran mujeres, mientras que la mayor parte de los alemanes eran hombres¹⁹.

La edad para percibir una pensión se redujo a los 65 años en 1925 y, solo para las mujeres, a los 60 en 1940. En el caso de los varones, esta reducción se produjo debido a las presiones ejercidas por los sindicatos y otras asociaciones representativas de los trabajadores, alegando que su desembolso a una edad demasiado avanzada dejaba a los ancianos en la pobreza durante mucho tiempo antes de poder reclamarla, o bien que éstos morían antes de llegar siquiera a disfrutarla. Al mismo tiempo se incorporó al sistema una pensión del tipo de la seguridad social que favorecía sobre todo a los trabajadores masculinos y que se formaba a partir de las antiguas mutuas de ahorro que ya existían. Como se ha dicho, la edad de cobro de una pensión para las mujeres británicas se redujo a 60 años en 1940 atendiendo las demandas de las solteras, quienes afirmaban ser objeto de discriminación en el mercado laboral una vez cumplidos los 50 años porque los empresarios preferían contratar a mujeres jóvenes al considerarlas más “decorativas” en sus negocios. La edad para percibir una pensión por hombres y mujeres solo se fue igualando poco a poco después de ser aprobada una resolución de la Unión Europea sobre discriminación por razón de sexo en 1990²⁰.

No obstante, todavía a finales del siglo XX, las ancianas tenían pensiones más bajas y, en general, eran más pobres, que los ancianos. Algunas de estas ancianas disfrutaban

19 THANE, *Old Age in English History*, pp. 216-235.

20 *Ibid.* pp. 308- 332.

en su vejez de un estado de prosperidad e independencia que era resultado de su matrimonio y posterior viudedad, pero muchas de ellas vivían sumidas en la pobreza sin haberse llegado a casar, (situación esta que era más corriente en la primera mitad del siglo). Por el contrario, otras habían quedado en muy mala posición económica después de enviudar o, lo que comenzó a ser cada vez más habitual a finales del siglo XX, tras divorciarse. Aunque a finales de este siglo cada vez más mujeres tenían puestos de trabajo mejor remunerados, seguían ganando menos que los varones y, por consiguiente, continuaban teniendo pensiones más bajas que éstos. En general gozaban de menos oportunidades que los hombres para acumular bienes que las protegieran en la vejez, debido, sobre todo, a sus limitadas oportunidades para encontrar empleo, a la interrupción de su vida laboral para atender las obligaciones familiares y un menor nivel de ingresos. A principios del siglo XXI todavía existe una mayor pobreza entre las ancianas que entre los ancianos, en particular entre aquellas con más de 75 años²¹.

Nunca fue obligatorio que los pensionistas dejaran de trabajar, aunque los estrictos requisitos para la percepción de las pensiones no permitían que los salarios de los ancianos que lo hacían fuesen muy elevados. Con todo, las primeras pensiones eran tan bajas que muchas personas mayores debían seguir trabajando, aunque fuera en empleos a tiempo parcial, para poder subsistir. Fue con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial cuando las pensiones alcanzaron un nivel que, sin poder ser calificado de generoso, permitía a quienes las disfrutaban abandonar la vida laboral. Al mismo tiempo, desde 1948 su cobertura se extendió a toda la población. En general, tras la Segunda Guerra Mundial, y especialmente después de la década de 1980, las pensiones británicas han sido las más bajas de la Europa del Noroeste y nunca han supuesto un medio de subsistencia por sí mismas. De hecho, los pensionistas más pobres siempre han necesitado el suplemento a la pensión que se otorga a las personas de rentas más bajas²².

Por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, los individuos de escasos recursos económicos tenían la oportunidad de retirarse de la vida laboral antes de verse obligados a ello por una incapacidad física. La jubilación llegó a ser una norma a mediados del siglo XX, creando una nueva barrera cultural entre la vida de las personas mayores y la de los jóvenes, estuviesen o no incluidos en la población activa. Los ancianos podían perder la posición asociada al trabajo remunerado una vez retirados, pese a que en muchas ocasiones el empleo que habían desempeñado para sobrevivir les confiriere poco o ningún "status social". Frente a esto, la jubilación afectaba menos a la vida de las mujeres. Al margen de que hubiesen desempeñado un empleo fuera del hogar, las responsabilidades domésticas continuaban sin remisión una vez retiradas. Quienes se habían jubilado de un trabajo asalariado habían tenido que asumir hasta entonces una doble carga

21 UK Government, *Pensions: Challenges and Choices. The First Report of the Pensions Commission*, London 2004, pp. 259-282.

22 Rodney Lowe, *The British Welfare State since 1945*, London, 2005, pp. 126-8, 155-62, 341-2.

laboral: dentro y fuera de la casa. Pero la continua obligación de las tareas domésticas otorgaba en estos momentos a sus vidas una cierta sensación de continuidad. Por el contrario, para los hombres, cuyas vidas habían estado a menudo centradas en exclusiva en sus trabajos, la jubilación suponía una perturbación, un corte, una brusca confrontación con la vejez, que encontraban traumática. Envejecer no suponía en cambio para la generalidad de las mujeres una pérdida de su identidad.

En líneas generales, hacia el final del siglo XX, el tiempo libre que mediaba entre el término de la vida laboral y el inicio de una decadencia física severa creaba nuevas posibilidades en las últimas fases de la vida de hombres y mujeres. Situados ante mejores expectativas y un mayor nivel de recursos económicos, muchos ancianos, en mayor número que en cualquier otro momento de la historia, aunque no todos ellos, comenzaron a disfrutar de nuevas formas de ocio, a viajar y a tener una jubilación activa. A medida que las nuevas generaciones se acercaban a la vejez se preparaban ya para su retiro, resultando ser ésta una experiencia menos traumática y que se aguardaba con cierta ilusión. De ahí la resistencia social mostrada en los inicios del siglo XXI a las propuestas del gobierno británico de invertir el proceso mantenido en los últimos cincuenta años y elevar nuevamente la edad de jubilación a la vista de las buenas condiciones físicas de las personas mayores²³.

En contraste con la mayor parte de los trabajadores, los ancianos que ocupaban puestos de gran influencia y poder no se retiraban si no lo deseaban, y no siempre eran considerados “viejos” por la opinión pública. Winston Churchill tenía justamente la edad de jubilación fijada para los varones cuando en 1940 comenzó a dirigir a Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial y nadie pensó de él que fuera demasiado viejo para ser un líder eficaz en la contienda. Margaret Thatcher no fue considerada una anciana débil y decrepita cuando permaneció en su puesto de Primera Ministra después de superar los 60 años, es decir, después de superar la edad de retiro femenina. Es más, siguió mostrando un carácter firme y decidido tras su marcha forzosa del cargo en 1990, a la edad de 65 años. Por su parte, la reina Isabel II tampoco fue vista como una anciana incapaz cuando reinaba con 75 años a finales del siglo XX.

Muchas personas se jubilaban cada vez antes. Este proceso se aceleró en la década de 1980. En los años 90 casi un tercio de los trabajadores masculinos se había retirado definitivamente a la edad de 60 años. Para algunos de ellos fue una decisión voluntaria que les permitió disfrutar de pensiones cómodas, viajes y un cierto nivel de consumo. Una nueva generación de *WOOPIES* (*Well-Off Older Person*), se convirtió en blanco de publicistas. Pero en realidad eran una minoría. La mayoría tuvo que dejar de trabajar a la fuerza. En ocasiones se ha argumentado que la jubilación anticipada fue una consecuencia inevitable de la evolución tecnológica: las habilidades laborales y los conocimientos técnicos se quedaban anticuados de un día para otro y las personas mayores eran incapaces

23 THANE, *Old Age in English History*, pp. 385-406. UK Government, *Pensions*, pp. 27-56.

ces de mantener ese ritmo de frenética y continua renovación. Pero las evidencias disponibles al respecto apuntaban en una dirección opuesta, pese a que los trabajadores de más edad hubiesen asumido como propia la idea de los empresarios, y otros teóricos del libre mercado, de que al ir cumpliendo años iban perdiendo capacidad y adaptabilidad a las transformaciones que éste experimentaba. Los resultados de estudios realizados con personas de 70 y más años han demostrado que todas ellas tenían una gran facilidad para adaptarse y hacerse con nuevos conocimientos y técnicas. Es más, se han adaptado bastante bien al mercado laboral tecnológico que apareció en el horizonte de finales del siglo XX, el cual requería más potencial intelectual que fuerza física. Pese a ello fueron rechazados por un mercado laboral cada vez más restrictivo, marcado por altos niveles de desempleo, y solo porque suponían un coste más elevado para sus empresas que una mano de obra más joven e inexperta. Al término del siglo empezó a reconocerse que cuando los mayores dejaban su empleo se llevaban consigo toda una experiencia y, a menudo, la garantía de un trabajo mejor hecho que el de los trabajadores más jóvenes. La tendencia a promocionar la jubilación anticipada empezó pues a invertirse a partir del año 2000. Empresas y gobiernos comenzaron además a preocuparse por el incremento de los costes de las pensiones y a la disminución del número de jóvenes que en el futuro contribuía al financiamiento del sistema de pensiones. Por esta razón, en la década de 1980 comenzaron a recortarse sustancialmente tanto las pensiones públicas como las ofrecidas por las propias empresas. Paradójicamente, en la segunda mitad del siglo XX, en un período en que las personas “envejecían” más tarde que nunca, su papel social y económico parecía disminuir²⁴.

Pese a todo, sigue siendo frecuente el tópico de representar a las personas de más de 60 años como ancianos dependientes y frágiles. De todos los grupos de edad, “los viejos” son los más estereotipados, (presentados como portadores de características comunes), cuando en realidad la diferenciación social, económica y física es mucho mayor en las edades más avanzadas. En un “grupo” formado por individuos con edades comprendidas entre los 60 y los 100 años podemos encontrar, desde un punto de vista físico, a unos con una salud de hierro y a otros con una salud extremadamente frágil; si en cambio hablamos de ingresos, el espectro se moverá entre la presencia de los más ricos y los más pobres, entre los más poderosos y los más marginados.

El nivel de vida, incluida la alimentación, ha mejorado a lo largo del siglo XX y con él la salud de la mayor parte de la población. En buena medida esto ha sido posible gracias a los avances experimentados en los conocimientos médicos y en los servicios sanitarios, como también por la mayor cobertura de estos últimos desde la creación del Servicio Nacional de Salud en 1948, cuya atención es universal y gratuita. El resultado de dichos avances fue que en la década de 1980 la opinión médica estableció el inicio del estado de debilidad asociado a la vejez en torno a los 76 años, en contraposición a la idea

24 Tom KIRKWOOD, *The End of Age*, London, 2001.

existente a principios de siglo de que la decadencia senil comenzaba alrededor de los 60-65 años. Esto significa que los que ahora se encuentran en buenas condiciones físicas y mentales cumplidos los 60 años seguirán probablemente así al menos otros diez años, aunque mostrando signos de debilitamiento progresivo al aproximarse a su 70 cumpleaños²⁵.

La especialidad médica de la geriatría se inició en los Estados Unidos en 1909 y se desarrolló con especial rapidez en Gran Bretaña desde la década de 1930. Se formó a la sombra de la medicina del siglo XIX, a partir de una detenida observación y un conocimiento más profundo de los procesos físicos experimentados por los ancianos. Su posterior avance en Gran Bretaña vino estimulado en principio por la conciencia del incremento que conocía la proporción de viejos en el total de población del país y por una convicción de la posibilidad de ofrecer tratamientos eficaces a sus dolencias, como por ejemplo las embolias. La fundación del Servicio Nacional de Salud contribuyó a impulsar el avance de la geriatría, al proporcionar la financiación pública necesaria para ello. El gobierno deseaba mejorar la salud de los mayores y reducir de este modo el coste que originaría una población anciana cada vez más numerosa. Los especialistas en geriatría querían que los mayores recibiesen una asistencia médica adecuada y no fueran marginados del sistema sanitario, aunque su especialidad no recibió el pleno reconocimiento del resto de la profesión médica y su afán por mejorar la salud de los ancianos sólo obtuvo éxitos parciales. A finales del siglo XX la discriminación contra ellos se hacía evidente en las reticencias de los hospitales británicos a “malgastar” sus recursos en aquellos tratamientos caros que necesitaban.

Sin embargo, desde la segunda mitad del siglo avances médicos como el implante de prótesis de cadera y las operaciones de by-pass coronario vinieron a mejorar la calidad de vida de muchas personas mayores, pese a la falta de interés real, al menos hasta los últimos años del siglo XX, por investigar los efectos sobre las personas mayores de algunas de las principales enfermedades causantes de su fallecimiento, en particular, el cáncer y el infarto de miocardio. Al mismo tiempo, y paradójicamente, algunos ancianos padecieron un enorme sufrimiento en sus últimos momentos debido precisamente a la capacidad de las modernas técnicas médicas de prolongar la vida más allá de lo que puede considerarse digna de ser vivida²⁶.

Respecto a la protección social otorgada a las personas de edad, el discurso mantenido hasta hace unos años a nivel popular y político, así como por algunos expertos en ciencias sociales, aceptaba que en una sociedad moderna y dotada de una gran movilidad la familia no era un elemento a tener en cuenta en su cuidado. Esta tesis se reforzaba por la creencia de los economistas de que el Estado del Bienestar “supliría” el apoyo familiar, y por tanto que el altruismo y la reciprocidad eran redundantes en una sociedad

25 Ibid.

26 THANE, ‘Geriatrics’.

moderna basada en el mercado. También mantenían que la caída de las tasas de natalidad y la reducción del tamaño de las familias a finales del siglo XX dejaría a los mayores con pocos hijos para que pudieran hacerse cargo de ellos. Esta predicción parecía respaldada por las estadísticas, las cuales mostraban un incremento constante del número ancianos, sobre todo mujeres, que vivían solos. En Gran Bretaña, al término del siglo XX, casi el 50% de las mujeres, y cerca del 20% de los hombres, de más de 60 años vivían en solitario, frente al 10% de quienes lo hacían en 1901, cifra que se cree que había permanecido bastante estable desde finales del siglo XVII²⁷.

Estas estadísticas podrían interpretarse, y a menudo así ha sido, como prueba del creciente aislamiento de los mayores respecto a sus familias. Pese a ello, existían también datos, especialmente para la segunda mitad del siglo XX, de que muchas personas mayores vivían solas (al igual que un número cada vez mayor de jóvenes), no porque estuvieran desatendidas, sino como una opción de vida voluntaria y positiva. En su última etapa muchos ancianos tenían recursos suficientes para optar por una vida independiente; una opción que una buena parte de ellos llevaba siglos expresando. De este modo hay que entender en nuestros tiempos la emigración llevada a cabo tras su jubilación hacia climas más cálidos lejos de sus familias, sin ir más lejos, a las costas españolas. Frente a ellos, lamentablemente otros ancianos sí eran víctimas de la soledad y la desatención, en ocasiones por carecer de parientes y allegados que pudiesen asumir su cuidado. Como sucede desde hace mucho tiempo, quienes están internados en residencias o instituciones similares viven la mayor parte de su tiempo apartados de cualquier vínculo familiar. Pero el hecho de que los mayores vivan solos no significa necesariamente, como muchos estudios han señalado, que no mantengan un contacto frecuente y estrecho con aquellos familiares y amigos que les prestan ayuda cuando es necesario, de la misma manera que dichos mayores les ayudan a ellos cuando pueden. Una vez más los ancianos están lejos de dar vida a un grupo de edad estereotipado y homogéneo. A menudo se ha olvidado que dan igual que reciben. Este sería el caso de las mujeres de edad, cuando proceden a cuidar a sus nietos, familiares o amigos enfermos.

La velocidad y la facilidad de las comunicaciones a finales del siglo XX —coches, aviones, teléfonos, Internet— compensa en las sociedades actuales los efectos de la mayor movilidad geográfica que afecta a los individuos. No todos los ancianos tienen familiares cercanos, si bien quizás esto sea más normal entre los mayores de hoy día que entre los de principios de siglo. Aunque las tasas de natalidad y el tamaño de los hogares hayan descendido desde 1900, ha aumentado en cambio el número de matrimonios y nacimientos y han crecido las tasas de supervivencia infantil, por lo que son más las mujeres de edad que hacia 1990-9 tienen al menos un hijo vivo que en 1900-9. En el siglo XX, como en épocas pasadas, las ancianas sin allegados a menudo han optado por formar grupos de amigas que juegan el mismo papel en la ayuda y la atención que una

27 THANE, *Old Age in English History* p. 479.

familia. Por regla general ellas hacen frente mejor a la vida en soledad, son más capaces de cuidarse a sí mismas y de crear redes sociales más fuertes y estables que los hombres ²⁸.

El mayor nivel de vida del que disfrutaban en las sociedades desarrolladas muchos ancianos de distinta procedencia social, la existencia de una oferta más amplia de bienes de consumo y los efectos de los avances médicos y tecnológicos, han influido profundamente en la forma de afrontar la vejez en el siglo XX. Las nuevas tecnologías han contribuido a generar y difundir una nueva imagen de las personas mayores a través de revistas, anuncios, películas o televisión. Los ancianos, sobre todo las mujeres, pueden manipular hoy su aspecto externo gracias a una gran cantidad de cosméticos o a la cirugía estética. Además, en los últimos años se ha prestado cada vez más atención a los efectos antienviejecimiento de la alimentación y el ejercicio físico. Esto nos recuerda que a lo largo de la historia siempre ha habido ancianos que han querido parecer más jóvenes de lo que en realidad son, por lo cual fueron a menudo objeto de críticas y burlas, aunque lo cierto es que nunca como hoy han dispuesto de tantos medios y a precios tan asequibles para hacerlo. Normalmente son los más ricos quienes pueden más fácilmente acceder a ellos, si bien la expansión del consumo de masas durante la segunda mitad del siglo XX los ha hecho más baratos, asequibles y socialmente aceptados²⁹.

Si alguna vez la Tercera Edad ha disfrutado de una auténtica “Edad de Oro” en Inglaterra, ha sido coincidiendo con los últimos años del siglo XX y los primeros del XXI, aunque en realidad dicha Edad no haya sido “de Oro” para todos los ancianos.

Bibliografía

- Anderson, Michael, (1976) *Family Structure in Nineteenth Century Lancashire*, Cambridge University Press.
- Botelho, Lynn and Thane, Pat, eds., (2001), *Women and Ageing in British Society since 1500*, Longman, London .
- Dove, Mary, (1986), *The Perfect Age of Man's Life*, Cambridge University Press.
- King, Stephen, (2000), *Poverty and Welfare, 1700-1870*, Manchester University Press.
- Kirkwood, Tom, (2001), *The End of Age*, Profile Books, London.
- Lowe, Rodney, *The British Welfare State since 1945*, Palgrave, London.

28 THANE, *Old Age in English History* pp. 407-435.

29 THANE, pp. 263-302.

- Ottoway, Susannah O., (2004), *The Decline of Life. Old Age in Eighteenth Century England*, Cambridge University Press.
- , Botelho, L. A. and Kittredge, Katharine eds., (2002), *Power and Poverty. Old Age in the Pre-Industrial Past*, Greenwood Press, Westport, Connecticut.
- Parkin, Tim G., (2003), *Old Age in the Roman World. A Cultural and Social History*, Johns Hopkins Press, Baltimore.
- Pelling, M. and Smith, R.M., eds., (1991), *Life, Death and the Elderly; Historical Perspectives*, Routledge, London.
- Shahar, Shulamith, (1997), *Growing Old in the Middle Ages*, Routledge, London,
- Slack, Paul, (1990), *The English Poor Law, 1531-1782*, Cambridge University Press.
- Thane, Pat, ed., (2005), *A History of Old Age*, Getty Museum, Los Angeles,
- Thane, Pat, (2005), *A Long History of Old Age*, Thames and Hudson, London.
- (2000), *Old Age in English History. Past Experiences, Present Issues*, Oxford University Press.
- (1993), 'Geriatrics' in Bynum, W. F. and Porter, Roy, eds., *Companion Encyclopaedia of the History of Medicine*, 2 vols, London, pp. 1092-1118.
- Ward, Jennifer C., (1992), *English Noblewomen in the Later Middle Ages*, Macmillan, London.
- Wrigley, E. A., Davies, R. S., Oeppen, J. E. and Schofield, R. S., (1997), *English Population History, from Family Reconstitution, 1580-1837*, Cambridge University Press.
- UK Government (2004), *Pensions: Challenges and Choices. First Report of the Pensions Commission*, 2 vols, The Stationery Office, London.